

Domingo de Ramos

Homilía al Evangelio de bendición y procesión

Marcos 11,1-10

Hermanos:

1. Han venido a bendecir ramos y palmas. Porque conmemoramos la entrada de Jesús en Jerusalén. Lo acabamos de leer: Jesús monta en un burrito y la gente le aclama con júbilo: "¡Hosana! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Muchos alfombraban el camino con los mantos en señal de fiesta y cortaban ramas de los árboles y las agitaban para aclamarlo.

2. Jesús entra en Jerusalén en olor de multitudes, aclamado y triunfante. Y ¿qué va a hacer a Jerusalén? Lo sabemos bien. No acude para ser coronado como rey. Bien al contrario: este domingo empieza la última semana de su vida. El jueves al anochecer se reunirá con sus discípulos y celebrará la cena de Pascua (tal como hacían los judíos aquella semana). Será su última cena. Antes de terminar, Jesús instituirá la eucaristía. Después será detenido a las afueras de la ciudad. Al día siguiente le conducirán ante Pilato, el gobernador romano. Y al mediodía será clavado en una cruz en el Calvario, un montículo que había muy cerca de la ciudad, donde morirá a primera hora de la tarde.

3. ¿No resulta un tan extraño aclamar a Jesús con ramos y palmas pocos días antes de su muerte? Sabemos el motivo: el domingo próximo es Pascua. En la Pascua conmemoramos que Jesús sale victorioso del sepulcro. Porque la aventura de Jesús no termina el Viernes Santo, sino que culmina el domingo de Pascua. Por eso, cuando ahora agitemos los ramos y cantemos "¡Hosana!", no aclamaremos solamente a Jesús que entra en Jerusalén para sufrir y para morir clavado en una cruz; aclamaremos también, y sobre todo, a Jesús que resucita victorioso y que vive por siempre con el Padre.

4. Celebremos, pues, con alegría el domingo de Ramos. Aclamemos a Jesús, el Señor. El es nuestro maestro y nuestro guía. Aclamarlo quiere decir escucharle y hacerle caso. Muchos no le hicieron caso. Algunos incluso consiguieron detenerle y clavarle en una cruz, un horrible suplicio. En este Jesús muerto en cruz porque molestaba con su predicación y su comportamiento, nosotros reconocemos al Hijo de Dios. Y lo decimos hoy de una manera sencilla, con palmas y flores: "Señor Jesús: Tú eres el Hijo de Dios, tú nos conduces a la felicidad y a la vida. Siguiéndote a Ti, pasaremos también nosotros por situaciones negras. Quizá nos tocará sufrir. Seguro que moriremos como mueren todos los hombres y mujeres. También Tú moriste. Pero nuestra aventura no terminará con la muerte. Como Tú y contigo viviremos por siempre".

Reflexión a la lectura de la pasión del Señor

Is 50,4-7; Sal 21,8-9. 17-18a. 19-20. 23-24;

Fil 2,6-11; Mc 14,1-15,47

I

En los acontecimientos que hemos escuchado, tiene cinco momentos: arresto, proceso judío, proceso romano, ejecución y sepultura. Son el final y comienzo de la vida y destino de Jesús, al que los discípulos llaman «Cristo» y «Señor» después de la resurrección. Según como interpretemos y vivamos la muerte y resurrección de Jesús, así se configurará el modo de nuestro de ser de cristiano.

Para entender la muerte de Jesús no basta relacionarla con el sanedrín judío o el gobernador romano; es preciso conectarla con su Dios y Padre, cuya cercanía y presencia proclamó. El cómo y el porqué de la muerte de Jesús tienen una estrecha relación con el cómo y el porqué de toda su vida.

Jesús no queda en poder de la muerte, sino fuera de la misma. La cruz de Jesús no se entiende si no es desde la totalidad de su vida; pero, a su vez, su muerte no tiene sentido si no es por la resurrección, clave de nuestra fe y de nuestro propio vivir.

II

Ya estamos entrando en la Semana Santa, ese tiempo especialísimo de contemplación de los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Son los días en los cuales debiéramos meditar esos misterios tan importantes de nuestra fe, para que, conmovidos por los sufrimientos del Señor, podamos llegar a una conversión de fondo, al arrepentirnos verdaderamente y confesar nuestros pecados, para así poder enrumbarnos en el camino de la salvación.

Al contemplar los sucesos de la Pasión del Señor que nos narra el Evangelista San Marcos (*Mc. 14, 1 a 15, 47*), vemos como "*Cristo, siendo Dios, no hizo alarde de su condición divina, sino que se rebajó a sí mismo*" (*Fil. 2, 6-11*), haciéndose pasar por un hombre cualquiera. Llegó hasta la muerte y a la muerte más humillante que podía darse en el sitio y en la época en que Él vivió en la tierra: la muerte en una cruz.

Cristo se “anonadó”, es decir, se hizo “nada”, dejándose insultar, burlar, acusar, castigar, torturar, juzgar, condenar, matar, etc. etc. etc. Pero *“Dios lo exaltó sobre todas las cosas... para que todos reconozcan públicamente que Jesucristo es el Señor”*.

Seguidores de Cristo somos los cristianos. Es lo que nuestro nombre significa. Y El mismo nos ha dicho cómo hemos de seguirlo: *“El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Pues quien quiera asegurar su vida la perderá y quien sacrifique su vida por mí y por el Evangelio, se salvará”* (Mc. 8, 34-35).

Estos días de la Semana Santa nos llaman a la muerte con Cristo: a sacrificar nuestra vida por El y por lo que El nos dice en su Evangelio. No basta recoger palmas benditas este Domingo de Ramos, no basta visitar a Cristo expuesto solemnemente el Jueves Santo, no basta siquiera pensar en los sufrimientos de Cristo durante la ceremonia del Viernes Santo. Todo esto es necesario... muy necesario. Pero todo esto debiera llevarnos a imitar a Cristo en esa cruz y en esa muerte que El nos pide para poder salvar nuestras vidas.

Y ¿qué es ese morir que Cristo nos pide? El lo determina muy bien cuando nos dice cómo hemos de seguirlo: *“El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo”*. Comprender qué significa negarse uno mismo es más o menos simple. Hacerlo es ya más difícil... pero no imposible. Negarse a uno mismo es sencillamente decirse “no” a lo que uno desea, a lo que uno cree que es lo mejor, a lo que uno cree que es lo más conveniente, a lo que uno cree que es necesario... cuando eso que uno desea, que uno cree lo mejor, más conveniente y necesario no coincide con lo que Cristo nos dice, nos muestra y nos pide.

Y ¿por qué es difícil negarse a uno mismo? Es difícil, porque estamos acostumbrados a consentirnos a nosotros mismos, a decirnos que sí a todos nuestros deseos, antojos, supuestas necesidades, apegos, etc. Nos amamos mucho a nosotros mismos; por eso nos consentimos tanto. El mundo nos vende la idea de complacer nuestro “yo”, con cosas lícitas o ilícitas, necesarias o innecesarias, buenas o malas. No importa. Lo importante es hacer lo que uno quiera. Y esto que está tan arraigado en nuestra forma de ser, va en contra de lo que Cristo hizo y nos pide con su ejemplo y su Palabra.

Bien están las palmas benditas y la visita a los Monumentos, pero -además de esas devociones- para seguir a Cristo como El nos pide, no nos queda más remedio que *“morir con El para vivir con El”* (Rom., 6, 8).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)